

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MAYO.—NÚM. 7 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

La Abeja, por M. Strum.—En el Abanico, poesía, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—La pendiente del abismo, por id.—El guante, por D. S.—Salir de la tumba, por P. F.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

ADVERTENCIA.

Con los adjuntos números remitimos las liquidaciones á los señores suscritores que se encuentran en descubierto en esta administración hasta fin de Abril de 1879.

Nosotros suplicamos á dichos señores, que yá que en todas las empresas periódicas es costumbre exigir á los suscritores, por lo menos, un trimestre adelantado, y

que nosotros no lo hacemos así, nos remitan al menos el importe de los años que han terminado, y que ya tienen completos en su poder.

HISTORIA NATURAL.

LA ABEJA.

ARMONIA Y PATRIOTISMO QUE REINA
ENTRE ESTAS.

—
III.

La vista de una colmena no interesa solo el espíritu sino tambien el corazon; y la dulce armonía que reina entre todas las abejas que la habitan, exalta la sensibilidad del hombre, nacido felizmente para hacer el debido aprecio de la union. Un ardiente patriotismo anima á los ciudadanos de esta pequeña república, cuyos

miembros tienen repartidos entre sí todos los trabajos. Mientras algunas abejas recogen los materiales para la cera, la preparan y llenan de ella los almacenes, se ocupan las demás en varias tareas. Las unas trabajan esta cera y construyen con ella sus celdillas; otras pulen la obra y la perfeccionan; estas recogen la miel del cáliz de las flores, y la depositan en los alvéolos para el gasto diario y para las necesidades futuras; aquellas tapan exactamente los depósitos en que conservan las provisiones para el invierno. Hay algunas que llevan el alimento á los hijuelos, y cierran con cera las viviendas de los gusanos que están próximos á su transformación, á fin de que pueda hacerse esta con mas seguridad; además hay otras que tapan con una especie de betun llamado propolis las aberturillas de la colmena, para que de ningun modo se introduzca por ellas el aire, ni los mas pequeños insectos; las hay que arrastran fuera los cadáveres que pudieran causar infeccion, y si son muy pesados para poderlos echar fuera, los cubren con cera ó betun de manera que no las pueden ofender. En fin, otras abejas que no se emplean directamente en trabajar, se ocupan en servir á las trabajadoras, y en llevarlas que comer, para que prosigan su obra sin la menor interrupcion.

Todas las experiencias que se han intentado hacer para descubrir el principio fundamental del gobierno de las abejas, convienen en que es el amor que tienen á su reina, ó, si se quiere mas bien, el de su posteridad, el que determina todos sus trabajos. Si se le dá una reina á un enjambre que está en inaccion, al punto se pondrá á trabajar, recogerá miel y cera, las almacenará, construirá nuevos panales y hará las demás faenas. La reina anima con su presencia á las obreras, y todo esto es mas cierto de lo que se puede imaginar. Si se divide un enjambre, la parte que quede privada de reina, perecerá sin construir la menor celdilla, siendo así que la otra en que subsista la reina, llenará la colmena de panales y provisiones de todo género. Sin embargo, debe notarse que esto solo se verifica en un enjambre dividido al salir de la colmena madre ó en el que no ha trabajado aun; pues no sucedería lo mismo con aquel á quien se quitase la reina, dejándole panales donde hubiese huevos y gusanos, porque en vez de caer en inaccion, bien pronto llegaría á proporcionarse una nueva soberana.

Si se introducen muchas reinas en una colmena, una sola será la que conserve siempre el imperio, reservando á la legítima soberana y matando las obreras á todas las demás. Se com-

prende bastante la causa porque no habrá jamás sino una reina en cada colmena. Un enjambre, por numeroso que sea, no lo es comunmente demasiado para una sola madre, pues esta puede poner hasta cuarenta mil huevos al año, para los cuales se necesita un número de celdillas proporcionado, y no todas están empleadas en hospedar los hijuelos.

Aun hay mas: en llegando á cierta época en que los machos, lejos de hacer algun servicio, no harian mas que consumir las provisiones de la colmena, los matan, ó, segun un naturalista, los echan poco á poco de encima de los panales y los obligan á retirarse á un rincon de la colmena, donde mueren de hambre.

En cuanto á lo que forma el cuerpo mas numeroso de este pequeño estado, organizado únicamente para el fin que le es propio; el lazo secreto con que se unen las abejas á su reina, hasta el punto de despreciar absolutamente el cuidado de su propia vida, cuando llegan á separarse de ella, parece no ser otra cosa, como ya hemos insinuado, que el gran principio de la conservacion de los seres, al menos de aquellos que son necesarios al mayor bien de todos, y á la formacion de los trabajos á que están destinados estos animalitos.

Las neutras aunque no engendran, saben que su reina posee esta facultad: así es que forman las celdillas, cuyas proporciones admiramos, para recibir en ellas los huevos que pone la reina. La naturaleza las hace tomar tanto interés por los hijuelos que deben salir de aquellos, como á las madres de otros animales para con los suyos propios.

Dejando aparte las excepciones ya indicadas, que respecto á los insectos tales como las abejas vuelven á entrar en regla, concurriendo al mismo fin para que estableció su sociedad el Autor de la naturaleza, pudiera decirse que la union y el patriotismo son los fundamentos de la felicidad que se atribuye á las abejas.

Por lo menos es cierto que su república se destruiria bien pronto, si no viviesen entre sí en una especie de armonía.

La riqueza de todo el estado es la de cada ciudadano; y esta numerosa sociedad no forma mas que una familia.

En ella es desconocido el interés personal y por consiguiente la rapiña: tampoco se conoce la violencia, ni se vé jamás que una abeja codicie lo superfluo, mientras que á otra le falta lo necesario; y cuando ya tienen bastante miel para subsistir durante el invierno, no cuidan de recoger mas.

Ven pues, ó hombre, ven á aprender de un in-

secto las virtudes de donde pende la quietud y la felicidad.

En cualquier estado, ó condicion que te halles, es preciso que trabajes de acuerdo con tus semejantes, y que ejerzas para con ellos esta especie de patriotismo. La sociedad en que vives, la religion y tu propia felicidad lo exigen así. Lleva con gusto la parte que te quepa del peso general, y aun, si es necesario, cárgate del de tu prójimo, cuando por ignorancia ó por flaqueza no se halle en estado de poderle soportar.

Y si la religion, tu deber y la conciencia exigieran de tí grandes sacrificios, guárdate de considerarlos como un mal. ¡Ah! si la Providencia te ha distinguido con singulares talentos, si mas liberal para contigo te ha puesto en estado de ser útil, míralo como una felicidad, y nunca tenga cabida en tu alma el vil egoísmo!

¡Cuán despreciables no son aquellos miembros de la sociedad humana que pretenden enriquecerse á costa de otros, y apropiarse á sí solos los tesoros que debieran ser comunes!

Si puedes contribuir al bien general, jamás te detenga el temor de no ser recompensado, porque á la verdad, ¿no son sobrada recompensa el testimonio de una conciencia pura, y los bienes de la eternidad?

Con todo, no debemos lisonjearnos, sino confesar de buena fe, que de los males de esta vida hay algunos que no se pueden evitar. Nunca habrá en la tierra una perfecta armonia en los caracteres y en los sentimientos. ¡Pero cuán admirable es esta Providencia que á pesar de la desunion y los desórdenes, á pesar del interés particular que domina á los hombres, mantiene no obstante y hace florecer las sociedades! Al modo que cuando un piloto sabe dirigir su nave por medio de los bancos y rocas, contra los cuales le han arrojado las olas, admiro mas su experiencia y su habilidad; así tambien cuando veo que sin embargo de la perfidia, y en medio de las borrascas que exitan las pasiones se conserva la sabiduría y la virtud, ó recobran tarde ó temprano su imperio, me causa mayor admiracion la infinita sabiduría de Aquel que gobierna el universo. ¡Oh! ¡cuánto mas perfecta será la dicha del mundo hácia el que camino sin cesar! ¡Qué armonía reinará en el corazon de sus habitantes, y cuánto no debo anhelar por el momento que me introduzca en la mansion de la felicidad!

M. STRUM.

EN EL ABANICO

DE LA

SEÑORITA DOÑA VALLE HORNERO.

Cuando á tu bello rostro

tan puro y casto,

mande el blanco lucero

trémulo rayo,

cuando las auras

acaricien tus sienes

inmaculadas.

Cuando la flor te envuelva

con sus aromas,

arrojando á tu paso

sus leves hojas;

cuando en el cielo

mires vagar la nube

que arrastra el viento,

Fija en ella tu pura

dulce mirada,

torna tu pensamiento

á mi Granada,

que nube y brisa

te llevan un recuerdo

del alma mia,

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

(CONTINUACION.)

Tambien ella estaba dispuesta, y lo habia estado siempre, á hacer el sacrificio de su vida por los hijos de sus entrañas, pero ¿cómo? ¿qué medio adoptar?

No se la ocurría ninguno, y esta duda la tenia inmóvil y petrificada.

D. Diego la miraba con asombro.

El rostro de Mercedes estaba cadavérico, des-
encajado; y no sé que sospecha ó qué duda pasó
por la mente del anciano.

La mitad de su vida hubiera dado en aquel
instante por que Dios, con un milagro de su po-
der, le hubiera devuelto por un momento la agi-
lidad y la lijereza de otros días.

Pero estaba sujeto á aquel asiento, y solo con
la voz y con la mirada podía interrogar y ave-
riguar la verdad.

La pobre muger sin levantar la vista del suelo,
y con las manos caídas á lo largo del cuerpo, ni
parecía atender las miradas que D. Diego fijaba
en ella, ni oír su voz, que ya dos veces le había
dado orden de traer aquella cartera.

—Vé, le dijo de nuevo con acento imperativo,
vé, Mercedes, y no tardes mas.

El pobre anciano creía que estas dilaciones, y
aquel silencio disgustarían á Doña Marta de L...
que así se llamaba la dama, y que este disgusto
amenguaría su generosidad privándoles de al-
guna parte del regalo que esperaban.

Así es, que su impaciencia crecía á medida
que pasaba el tiempo, y no cesaba de ex-
clamar.

—Vé! vé!

Por su parte el señor de Castro empezaba á
encontrar extraño todo aquello, y una lijera nu-
be de disgusto se había extendido sobre su fre-
nte, mientras exclamó con lijera impaciencia.

—Terminemos pronto este asunto, y...

Mercedes dirigió en torno una mirada estra-
viada.

—Mañana, murmuró, mañana buscaré... aho-
ra... no puedo... no sé...

—¡Mercedes! gritó D. Diego sin poder conte-
nerse ya ¡Mercedes!

—¡Bah! lo que yo temía! murmuró Castro;
eran demasiado pobres para...

D. Diego miró fijamente á aquel hombre que
así se atrevía á insultar sus canas, y dijo de un
modo enérgico y sentido.

—Caballero, abusa V. de la impotencia de un
anciano; pero en breve se convencerá de la in-
justicia de sus palabras: y volviéndose á Mer-
cedes.

—No sé, la dijo, que es lo que puede detenerte
en correr á probar que se nos calumnia infa-
memente, al dudar de nuestra honradez!

Y señalando la puerta.

—Allí está, continuó, nuestra rehabilitacion;
anda, esposa mia, y al devolver ese dinero á su
dueño, podremos decirle, que los que saben ver
morir sin recursos á una hija adorada, conser-
vando intacto el depósito que se les confiara,

bien pueden ver pasar por su lado la sospecha
y la duda, sin tomarse el trabajo de pronunciar
una frase para desmentirla.

Mercedes se dirigió maquinalmente á la puer-
ta, pero al llegar al dintel de ella, le faltaron las
fuerzas y cayó de rodillas en el pavimento,
murmurando algunas palabras ininteligibles, y
proxima á desvanecerse.

—Pero, ¿qué es esto, exclamó, desesperado el
anciano intentando correr hacia ella. ¿Qué es esto?
ese dinero... ¿por qué no lo traes? ¿por qué no lo
traes? ¿por qué dudas? ¿por qué retardas...?

—¡Oh! es que no está en nuestro poder! es
que nos lo han robado! balbuceó la pobre muger
cubriéndose el rostro con las manos, y dando
libre curso á los sollozos que hacia largo rato
pugnaban por salir de su pecho.

Un rayo que hubiera caído á los piés de D.
Diego le hubiera aterrado menos.

En cuanto á Luisa, nada comprendía de lo que
pasaba en derredor, pero miraba azorada aque-
lla escena, y sentía que la fiebre iba invadiendo
su cerebro.

Doña Marta trémula de dolor, de emocion y de
enojo, dejaba vagar sus miradas desde Merce-
des al señor de Castro, murmurando llena de
afán.

—¡Pero mi hijo! ¿que vá á ser de mi hijo!

D. Diego se había puesto de pié; aquella vio-
lenta emocion había sido por un instante mas
fuerte que su enfermedad, y agarrado del brazo
de su sillon parecia la estatua de la desespera-
cion: tal era el dolor que se reflejaba en su pálido
rostro.

—¡Habla! espílicate, exclamó, dirigiéndose á
su esposa, ¿no ves que me estás matando con tu
silencio?

—¡Oh! yo..., murmuró Mercedes entre un ge-
mido.

—¿Tú debes saber lo que ha pasado? esos bi-
lletes...?

—¡No están allí! ¡no están, yo te lo juro!

—Pero ¿desde cuando, desde cuando?

—Desde... ¡oh! no sé, no puedo saberlo! dijo
ella con estravio.

—Pero ¿no sospechas? no puedes adivinar...?

—¡No sé! volvió á repetir torciéndose las ma-
nos y desesperada.

—Mas, ¿quién ha entrado aquí? habla, yo ne-
cesito saber la verdad, ¿quién ha entrado
aquí?

—¡Oh! nadie, ¿no sabes que nadie? que él no
viene, que estamos solos, siempre solos?

La infeliz vendió sin pensar su secreto, en
medio de su dolor y su trastorno.

D. Diego estendió las manos, la atrajo hacia

si con energia, y murmuró un nombre á su oído.

Aquel nombre era el de Julio.

Su madre lanzó un grito, exclamando llena de espanto.

—¡No, no! el no ha estado aquí! no; yo no le he visto, no le he visto hace muchos dias; él nó!

Marta, cuya ansiedad crecia por momentos; sin comprender esta escena, se levantó, y acercándose á Mercedes.

(Continuad.)

Enriqueta Loxano de Vilches.

EL GUANTE.

En los estrados del circo
Do luchan mónstruos deformes,
Sentado el monarca augusto
Está con toda su corte.
Los magnates le rodean,
Y en los mas altos balcones
Forman doncellas y damas
Fresca guirnalda de flores.

La diestra estiende el monarca
Ábrese puerta de bronce,
Y el rojo leon avanza
Con paso tranquilo y noble.
En los henchidos estrados
Clava los ojos feroces,
Abre las sangrientas fauces,
Sacude la crin indócil,
Y en la polvorosa arena
Tiende su pesada mole.

La diestra estiende el monarca,
Rechinan los férreos goznes
De otra puerta, y ágil tigre
Salta al palenque feroce,
Ruge al ver la noble fiera
Que en el circo precediole,
Muestra la roja garganta,
Agita la cola móvil,
Gira del rival en torno,
Todo el redondel recorre,
Y aproximándose lento
Con rugido de sacorde,

Hace lecho de la arena
Do yace el rey de los bosques.

La diestra estiende el monarca:
Se abre al punto puerta doble,
Y aparecen dos panteras
Tintas en rubios colores.
Ven tendido al régio tigre,
Y en su contra ráudas corren;
Mas el leon dá un rugido,
Y medrosos ó traidores
Los pintados brutos párense
Y á sus piés tiéndese inmóviles.

Desde el alta galería
Blanco guante al sitio donde
Las tímidas fieras yacen,
Revolando cayó entonces,
Y la bella Cunigunda,
La mas bella de la corte,
Á un gallardo caballero
Le decia estas razones:
«Si vuestro amor es tan vivo
Cual me jurais dia y noche,
Esa prenda de una dama
Recoged, cual cumple á un noble.»

Silencioso el caballero
Con altivo y audaz porte,
Desciende á la ardiente arena,
Teatro de mil horrores;
Avanza con firme paso
Hácia los mónstruos feroces,
Y con temeraria mano
El blanco guante recege.

Vos de júbilo y asombro
Los callados aires rompe,
Y damas y caballeros
Áplauden al audaz jóven.
Ya sube al lucido estrado,
Ya está en los altos balcones,
Ya se dirige á la bella,
Ya con ojos seductores,
Cunigunda le promete
De amor los supremos goces.
Mas el altivo mancebo
Grita: «guarda tu favores,
El guante al rostro le arroja,
Y huye de ella y de la corte.

D. S.

SALIR DE LA TUMBA.

TRADUCCION.

CONTINUACION.

Entretanto Stevenson vaciaba un vaso tras otro y hacia una elegiaca descripcion de miss Ana Lawter, pero ya hablaba con dificultad; por fin, recostó la cabeza en el respaldo del sillón y comenzó á roncar.

M. Lowter llamó á Dick, y entre los dos depositaron á Stevenson en la cama, donde continuó tranquilamente su sueño. Al anoecer se despertó y se encontró solo: el cuarto presentaba el aspecto de desórden que deja tras sí una marcha precipitada. Todos los cajones de los muebles estaban abiertos y vacíos; sobre la mesa en que habia almorzado habia un billete dirigido á él: lo abrió rápidamente y lo leyó; decia así:

«He recibido de M. Stevenson trescientas libras esterlinas en una carta de crédito de igual cantidad, y dos billetes de banco de doscientas cincuenta libras esterlinas cada uno; total setecientas libras esterlinas.

P. LOWTER

Roberto hechó mano inmediatamente á la cartera: estaba vacía; volvió á coger el recibo, se frotó los ojos repetidas veces y lo leyó de nuevo.

—¡Era él! exclamó por fin, esta es su firma. Habrá querido darme una leccion; ¿pero como ha podido llegar antes que yo?...

Un mozo pasaba por el corredor.

—¿A que hora ha llegado el *gentleman* que ocupaba este cuarto? le preguntó Stevenson.

El mozo le miró asombrado: Stevenson repitió la pregunta.

—Si habláis de M. Lowter, dijo por fin el mozo, hace mas de un año que habita aquí.

Roberto quedó atónito.

—¡No es él, murmuró despues de un largo silencio, solo puede ser el diablo.

Algo tranquilizado por tan ingeniosa conclusion, examinó el estado de sus bolsillos: le quedaba lo puramente necesario para volver á Inglaterra.

II.

La casa de Peter Lowter, en Lóndres, era todo un palacio. Ocupaban el piso bajo las oficinas lujosamente adornadas y pobladas por un ejército de empleados. En el primer piso estaba el gabinete de M. Lowter, cuya descripcion nos ha hecho Stevenson; este gabinete comunicaba por un lado con las oficinas de los principales dependientes, y por otro con la habitacion ocupada antiguamente por mistress Lowter, y ahora por Tomás Bage. Mistress Lowter se habia retirado al segundo piso con la familia.

Algunos dias despues de la escena que hemos referido, estaba la esposa del banquero reclinada en un sillón; su hija Ana sentada á sus pies en un taburete hojeaba un album. El mueblaje del gabinete que ocupaban era un portento de lujo y magnificencia: el palacio real no hubiera podido ostentar quizá adornos semejantes, que á fuerza de riqueza hubieran parecido estrabagantes, si no estuviese allí el cándido y encantador semblante de miss Ana para armonizar el conjunto.

Mistress Lowter manifestaba tener unos cuarenta años, y en sus delicadas facciones se veia marcado el selló del sufrimiento: de vez en cuando echaba una furtiva mirada sobre su hija y asomaba á sus ojos una lágrima.

—Me parece, dijo Ana cerrando de golpe el album, que M. Stevenson tarda mucho en escribirnos.

—Solo hace ocho dias que partió, dijo mistress Lowter.

—¡Ocho dias os parece poco!

Y como si se avergonzase de haber pronunciado semejante palabra abrió de nuevo el album y se cubrió la cara con él.

—Le ama, murmuró mistress Lowter, ¡pobre niña!

Un criado entreabrió la puerta y anunció á M. Bage. Este nombre produjo igual efecto en las dos: mistress Lowter arrugó la frente, y miss Ana soltó una exclamacion poco lisonjera en verdad para el anunciado, que asomaba á la sazón su cara sobrado fea, adornada con una expresion de avaricia que le favorecia bien poco: sus modales iban acompañados de esa brutal llaneza que solo produce la mala educacion. Hizo un ligero saludo y dejó caer sobre la mesa una gran cartera.

—Que el diablo me lleve, exclamó, si miss Lowter no se hace cada dia mas hermosa.

Este cumplimiento propio de la galantería británica, no obtuvo contestacion. Ana se levantó

y dejó al osado dependiente solo con su madre.

Tomás Bage abrió la cartera y puso sobre la mesa una porción de letras y cartas sin firmar. Mistress Lowter tomó una pluma y firmó.

—Si Stevenson no escribe pronto, dijo Bage, nos falta el último recurso.

Mistress Lowter se estremeció.

—¿No queda ninguna esperanza? exclamó.

—Ninguna, contestó Bage con glacial indiferencia.

—No puede ser; el inmenso crédito que tenía la casa...

—Todo se acaba... excepto mi amor: miss Ana me tiene hechizado.

Y al decir esto se frotaba las manos con satisfacción. Mistress Lowter hizo un ademán de indignación, y replicó:

—Pero Roberto es un joven honrado y habrá cumplido su comisión, y dentro de poco recibiremos...

—Algunos miles de libras, algunos días de vida para la casa... ¿Habeis meditado mi proposición?

—Es decir, que estamos arruinados.

—Sobre poco más ó menos.

Mistress Lowter se levantó; tiñéronse sus mejillas de vivo encarnado y brilló en sus ojos una mirada de odio y profundo desprecio.

—¿Y venís á pedirme la mano de mi hija? exclamó. Hace algún tiempo era grande nuestra fortuna, tan grande que escitaba la envidia de todos, vos érais un simple dependiente, ¡Ahora vos sois millonario, y nosotras no tenemos nada! Habeis abusado de vuestra posición para decirle á una débil mujer, á quien amenazaba la justicia humana por un delito que le habíais inducido á cometer: voy á robarte tu opulencia, á enriquecerme con tu ruina: no te quejes, escoge entre la miseria ó la infamia. He callado porque sabía hasta donde podía llegar vuestra vileza; ¡pero no contento con esto venís á pedirme mi hija!

Y se detuvo aquí como si no encontrase palabras para expresar el profundo desprecio que le causaba la proposición. Tomás Bage aguardó un momento, y luego soltando la carcajada, dijo:

—Á fe mía, mistress, que teneis razón en cuanto habeis dicho. Me he apoderado de vuestra fortuna, de lo cual resulta que soy dueño de ella; en esto estamos acordes; por lo tocante á miss Ana os pido su mano con toda la formalidad de que soy capaz.

—Nunca; he sido débil, culpable, pero lo he sido por mi hija, y Dios me perdonará: si la entregase á un hombre como vos...

—Disfrutaria de una bonita posición y asegu-

raría á su madre una pensión que no está en el caso de despreciar.

—¡Nunca! repitió mistress Lowter con energía.

—Mi querida mistress, dijo Bage, me obligais á recordaros ciertas cosillas... Si revelase ciertos misterios...

—¡Oh! no, no, sería una infamia.

—Que sea infamia ó no, puedo hacerlo.

—No lo hareis.

—Me inclino á creer que sí. Amo á vuestra hija; la amo mucho, vos me la negais, puedo perderos con una sola palabra, muy necio sería si no pronunciase esta palabra que dejará á la joven miss á la disposición de cualquiera.

Mistress Lowter quedó aterrada. Aprovechando Bage aquel momento, tomó la cartera y se levantó.

—Os doy de tiempo hasta mañana para reflexionar, le dijo.

Y haciendo una profunda inclinación, se retiró.

Como ya hemos dicho, el crédito de Peter Lowter era inmenso, pero puramente personal: estaba fundado en la grande habilidad del banquero, en su conocida honradez y la suerte que tenía en todas sus operaciones, circunstancias que le hacían considerar en Londres como un modelo á cuya perfección era imposible aspirar. Su mujer participaba de la opinión general y le miraba como un ser infalible, como una providencia; por consiguiente le hizo doble sensación la carta en que le anunciaba su futuro suicidio; esto es, la pérdida de su esposo y de su fortuna.

Aquella carta destruía las esperanzas que tenía fundadas para el porvenir de Ana, su hija idolatrada, el objeto de todo su cariño. Había conocido la necesidad en algún tiempo, la buena mistress, y la idea de la desgracia la afligió; pero al pensar que Ana participaría de su suerte, no conoció límites su desconsuelo.

Estaba sola en la habitación del primer piso que ocupaba en aquel tiempo cuando le entregó Toby el billete mortuario. Así que el leyó cayó desmayada; Toby al socorrerla echó una mirada al papel y se enteró de su contenido.

—¡Dios nos ampare! exclamó; ¿que va á ser de la casa?

En efecto, la situación de la casa Lowter era conocida de todos. Con su jefe al frente, la primera de Londres, del mundo quizá; sin él: un cuerpo sin alma, nada.

(Continuará.)

P. F.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

María empezó á cobrar esperanza, pero la enfermedad era larga y la convalecencia penosa. ¿Cuando ¡ay! cuando el pobre Pablo iba á poder dedicarse al trabajo, volver á su abandonado taller, y ganar lo suficiente para abonar aquella suma, cuyos réditos la hacian crecer de dia en dia, y cuyo plazo de seis meses se cumpliria muy en breve?

María se estremecía al recordar todo esto, pero procuraba apartarlo de su memoria y pensar solo en Pablo, á quien parecia sostener y vivificar aquel nuevo género de vida.

Por desgracia, un viaje con un enfermo, cuesta mucho, y mucho habia tenido que gastar tambien antes de dejar la corte: lo cual agotaba rápidamente el dinero tomado á tanta costa.

Pasó la temporada de baños, y los dos jóvenes decidieron permanecer todavia algun tiempo en el campo.

Se trasladaron á un pueblecito pequeño, donde vivieron dos meses tranquilos todavia, y donde Pablo recuperó algunas mas fuerzas.

Sin embargo, su curacion no era completa:

A la menor agitacion, á la menor fatiga, su respiracion se hacia fatigosa, la fiebre invadia su cuerpo, y hasta solian brotar de sus labios algunas gotas de sangre.

María sufría mucho y lloraba en silencio, cuando el médico la decia.

—Solo una vida tranquila y sosegada, sin el menor cuidado, sin la mas ligera alteracion, podrá conservar su existencia, y á fuerza de tiempo asegurar su salud.

Al fin el otoño empezó á privar á los campos de sus flores, y á los árboles de sus hojas, y las noches hicieron demasiado frias, para poder, sin riesgo, permanecer en el campo.

Pablo y María, se vieron precisados á volver á Madrid: es decir, á la realidad y á la fatiga de la vida, despues de aquellos meses de tregua ó descanso.

Al llegar á la corte, pensaron en su situacion, pensaron en aquella deuda, que era una amenaza terrible suspendida sobre su porvenir; y un velo de tristeza cubrió la frente del joven, y la nube del desaliento ensombreció su horizonte.

—Valor, se dijo, el plazo de los seis meses cumplirá en breve, y es preciso trabajar!

Y ocultando á María la debilidad y la falta de fuerzas que sentía aun, subió á su taller y quiso emprender sus trabajos de nuevo.

Descubrió los lienzos, preparó la paleta y tomó el pincel con mano insegura, pero conoció, con un sentimiento de amargura, que ya no era el mismo que antes.

Sin embargo siguió adelante y trazó algunas líneas en el cuadro que al enfermar dejara empezado.

Al dia siguiente Pablo hizo lo mismo.

En esta lucha, en estos esfuerzos vanos, se pasaron algunas semanas.

Una mañana se presentó en casa de María el agente de la persona, desconocida para ella, dueña del pagaré que ella habia firmado en blanco, y que ascendía á treinta mil reales.

—¿Como, abuelita? pues no dijiste que solo eran veinte mil?

—Sí, pero en aquellos seis meses, los réditos habian subido á esa suma.

—Jesús! exclamó atónita el ama de llaves, pero, ¿como pueden hacerse esas cosas?

—Oh! mi buena Petra, dijo la Marquesa; se hacen tambien otras peores: pero continuó mi historia: María, al ver á aquel hombre cuya figura repugnante y raquítica inspiraba una antipatia profunda, se sintió sobrecogida y tembló instintivamente, por que todo lo temió y se aterrorizó ante su desdicha.

El agente la dijo que al dia siguiente cumplia el pagaré y que le era preciso entregar el dinero.

María pidió un plazo de un mes, de quince dias al menos. Pero aquel hombre se negaba abiertamente á ello, decia que tenia órdenes terminantes de su principal, y que le era imposible dejar pasar un solo dia.

Al fin, y despues de muchas lágrimas y muchos ruegos, la infeliz obtuvo una prórroga de algunos dias, no sin que se obligara á pagar con una cantidad enorme el precio de aquel favor.

Cuando Pablo lo supo todo, sintió que su vista se oscurecia y que su cuerpo temblaba, ¿que iba á hacer? ¿como pagar si no tenia recursos para ello?

—Oh! dijo: trabajaré dia y noche, terminaré el cuadro que pensaba presentar en la exposicion y en el cual cifraba tantas esperanzas, y no ha de faltarme un inteligente que lo quiera comprar á buen precio.

Y desde aquel instante, se entregó á un trabajo asiduo y sin descanso ni tregua!

Quería pagar, quería á toda costa saldar aquella deuda.

Pero ¡ay! que su deseo era mayor que sus fuerzas, y la calentura volvió á abrasarle, y á postrarle la fatiga, y sin embargo, seguia, seguia siempre; sin parar un instante.

Al fin su enerjia venció, aunque su salud se alteró notablemente.

El cuadro quedó terminado y Pablo encargó á sus amigos que le buscasen un comprador.

Despues de mucho anhelo, el cuadro, esperanza de aquel artista, base de su porvenir segun creia, fué vendido, pero por la mitad ó la tercera parte de su valor, pues solo por él le dieron veinte mil reales.

—Oh! dijo María, y que haremos, Pablo mio, que haremos dentro de tres dias?

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

GRAFADA:—Imp. de La Madre de Familia.